

proceso de los movimientos de su fisonomía, de los gestos de su cuerpo, y prolongando la discusión con ayuda de otras cosas y buscando quisquillas, lo estuvo asaeteando largo tiempo con su humor agresivo y batallador.

XXXVII

—¿Y quién es?—dijo la Faustin á un compatriota de lord Annandale en el momento en que dejaba caer la pata de un caballo que examinaba con la mayor atención, mientras hablaba con el propietario del hotel.

Era la hora de la visita de las caballerizas, cuya limpieza acababa de ser hecha con el lujo de cuidados característico de una cuadra inglesa. Tres capas superpuestas de matices diferentes: la primera, de paja trezada en su tono natural; la segunda, teñida de verde, recordando la librea de la casa; la tercera, galoneada de rojo, desbordando de la litera, se escalonaban en clara y alegre armonía. Y toda la caballeriza, cubierta de arena finísima, estaba encuadrada en un friso de arena de color, y mostraba en medio del suelo, igualmente dibujados en arena coloreada, los blasones de la antigua familia, ó más bien el *crest*,

blasones más modestos y de interior, y despojados de sus lambrequines, de sus mantos de par, de sus soportes heráldicos, y reducidos al escudo y á la divisa.

—¿Que quién es, pregunta V.?—dijo el inglés volviéndose hacia la Faustin, y le nombró la actriz que pasa por la más espiritual de París.—Y añadió:—Sí, como yo le decía á mi amigo... ser su amante era una cosa deseable para mí... y sin embargo, esto no era más que un detalle... lo que yo quería era tener un hijo de ella... un producto que participase de todo el *esprit* de diablillo francés que hay en el cerebro de la encantadora mujer, y de mi «ponderación» de hombre de la Gran Bretaña... Ya concibe V. que esto debía dar un producto muy particular... muy curioso... muy extraordinario... Acaso encuentre V. la idea muy inglesa... La dificultad es que ella consentía en que yo fuese su amante... pero no se cuidaba lo más mínimo de que yo fuese padre.

—¿Y no ha conseguido V. convencerla?

—Sí, al fin... con mucho trabajo, diplomacia y dinero... pero el hijo no ha venido... Siento ¡oh, mucho, mucho!... que la experiencia no haya tenido éxito.

La Faustin dejó á los dos amigos con los caballos, y fué al *stable-yard*, que encerraba una colección de perros de todas las especies, donde cogió en sus brazos á Dick,

el perrillo de Blancheron, que, muy contento y ladrando, llevó en sus brazos al salón, que comunicaba ahora por una galería de cristales con las caballerizas.

Y allí, acariciando al perro con una mano distraída, abría con la otra la tragedia *Andrómaca*, en la que debía representar próximamente el papel de Hermiona.

Lord Annandale entró en el salón; la trágica siguió leyendo.

—¿Te habrá parecido muy original mi amigo?—dijo el amante de la Faustin.

Esta no contestó al pronto; al fin, al cabo de algunos minutos, cerró el libro, y, como si no hubiera oído la pregunta, preguntó á su vez:

—¿De modo que tus compatriotas no aman más que mujeres de teatro?

—En efecto, eso es bastante general entre nosotros.

—¿Y crees que aman á la mujer?

—¿Cómo?

—¿Qué si aman á la mujer por sí misma?

—Por mi parte...

—No, yo te lo digo—exclamó de pronto la querida de lord Annandale, animándose y dejando en el suelo al perro, y andando con violencia por el salón—yo te lo digo, no es la mujer lo que aman, es su talento... ¡ah, su talento!—y la Faustin se encogió de hombros con un gesto soberbio—lo que aman en su querida... son los aplausos de la

multitud, los reclamos de los periódicos, las alabanzas de los salones... el ruido que hace... ¡pero la mujer!...

—Yo creo amar la mujer—dijo lord Annandale.

—¿Estás bien seguro?—exclamó la trágica acercándose á él y mirándolo casi duramente en los ojos.

Luego, después de una pausa, dejó caer con voz lenta:

—Tú como los demás... Si yo dejara el teatro, al cabo de seis meses no me amarías.

—Pero, una vez más, no dejes el teatro, Julieta... y entonces porque...

—En verdad... tienes razón—dijo la Faustin calmándose repentinamente, pero siempre con la nube de un pensamiento fijo en la frente.—Ea, salgamos... hagamos alguna cosa... ya sabes que estoy libre... llévame á comer á un restaurant... tu gran hotel me aburre hoy... tengo necesidad de salir de los *obligos* dorados, como decía el otro, en la *Selva-Peligrosa*... luego nos iremos esta noche á un teatrillo... nada de bulevares... un teatro de las afueras... mira, me dan ganas de ir al de Grenelle... ¡tiene tanta gracia la manera de representar allí!...

XXXVIII

Durante quince días, aquello fué en la Faustin una contradicción de la mañana á la noche, á propósito de todo, acerca del tiempo que hacía, del carruaje en que se salía, del almuerzo ó de la comida, de todo lo que decía lord Annandale.

La cosa comenzaba así: primero el ir y venir de un pie colérico, movido en el vacío; después dos ó tres movimientos apretando los codos contra el cuerpo, y el cambio de color de la cara, y la contracción nerviosa de una boca que se cierra para impedirse hablar; y á pesar de este encadenamiento de todo su ser, al cabo de algunos segundos brotaba de la mujer para su amante una palabra agria, despreciativa, envenenada, dicha con la ironía silbante de una imprecación á lo Camila, palabra sobre la cual volvían á cerrarse sus labios, y el pie se movía otra vez en el vacío.

La trágica esperaba una respuesta. Pero la respuesta no venía.

Entonces para hacer salir á su amante de su calma, para llevarlo al arrebato, para hacerse dar la réplica en la escena de que su irritación interior tenía necesidad, todo eran indirectas, pinchazos, provocaciones para acabar con la paciencia humana: se habría dicho que había apostado á que se

haría pegar. Lord Annandale le tenía lástima como si fuera una niña, y acababa por callarse, en vez de razonar con ella, y la mujer despechada se levantaba bruscamente y se retiraba á su cuarto, dándose aires de víctima y cerrando tras sí las puertas con estrépito.

Luego, volvía algunos instantes después como si nada hubiera pasado, y su amor por su amante se rehacía acariciador y como humedecido de enternecimiento.

Y al cabo de una hora comenzaba otra vez su irritación.

En medio de estos saltos de humor, de estas desigualdades de carácter, de este desequilibrio enfermizo del ser, de todos estos signos exteriores de una lucha y de un combate del alma, mostrábase la Faustin, ciertas mañanas, con el aspecto decidido, el airecillo atrevido de una voluntad de mujer que ha tomado su partido; otras mañanas, con el quebrantamiento de cuerpo y las cobardes perplejidades de la irresolución en toda su persona.

En el teatro, lord Annandale era testigo de las mismas variaciones en su mudable y cambiante querida. Se incomodaba y se volvía á arreglar todas las noches con el director. Disputaba diariamente con alguna de sus compañeras, á la que enviaba algún regalo al día siguiente. Desplegaba con el primero que llegaba una coquetería casi

de mujerzuela; luego, inmediatamente, se hacía tan reservada, de una frialdad tan glacial que dejaba helado al inflamado señor. A tal punto, que en la Comedia Francesa preguntábase todo el mundo qué es lo que podía tener la trágica en el cerebro en la actualidad.

XXXIX

—Te has retrasado un poco esta noche, querida—dijo lord Annandale á la Faustin al volver de la calle.

—¡Un poco... mucho!—dijo ella—mirando el reloj y quitándose deprisa el sombrero y la manteleta y echándolos sobre un sofá.

—¡Oh Julieta, qué hermosa estás esta noche!... Ese traje te está divinamente... Además, hay en tu rostro cierta felicidad... algo de bueno y de alegre... los indios tienen una frase para expresar esto... se dice entre ellos: «Un rostro que tiene la hermosura de una buena acción.»

—¡Calle! ¿Mi rostro es tan indiscreto como todo eso?... Pero vamos en seguida á comer, tengo hambre... Después hablaremos de mi jornada.

Pasaron al comedor.

—¿Qué haces ahí mirándome como un niño que estuviera enfrente de una torta de manteca?

—Te encuentro encantadora.

La trágica, en efecto, estaba encantadora. Iba vestida de negro, su color predilecto, pero un negro envuelto en encajes, un negro ligero, aéreo, flotante, y que ponía sombras transparentes sobre sitios rosados de su piel. Y en aquel negro, su corpiño abierto en corazón, dejaba entrever un poco del entredós de sus senos, en medio de los cuales había colocado un clavel jaspeado de púrpura que hacía resaltar la blancura mate de su pecho.

—Vamos, mi buena Julieta, dime qué has hecho hoy—preguntó á mitad de la comida lord Annandale.

—Después... después te aburriré con esto... Hoy me beberé con gusto una copa de *champagne*—dijo la Faustin, volviendo un poco la cabeza hacia el *butler*.

El impasible *butler*, inmovilizado delante del aparador, en una actitud de estatua con frac negro, esbozó alrededor un gesto apagado, un gesto por el cual fué transmitido á la cueva, á un sota-sumiller, el capricho de la actriz.

Y entre dos bocados, de cuando en cuando, la Faustin olía su clavel, bajando la cabeza y entreabriendo su escote, y murmuraba:

—Es bueno este olor picante... ¡Me gusta tanto!... En otro tiempo... cuando comencé á trabajar para el teatro... hacía al mismo tiempo flores artificiales... Pues

bien; siempre ponía clavillo en mis claves... ¿Pero has concluido?

Los dos amantes pasaron del comedor al salón. Sentados junto á la chimenea, lord Annandale interrogaba á su querida con una mirada que decía: «¿Y bien?» Y su querida, sonriendo de su curiosidad, se complacía en prolongarla. De repente se levantó, fué hacia su amante, le rodeó el cuello con los brazos, y le hizo oler, muy de cerca, el clavel del entredós de sus senos.

—Huele... ¿Qué hueles?—dijo á lord Annandale.

—El clavel—contestó saboreándolo con sus labios.

—¿Y qué más?

—¡Tu piel!

—¡Tonto!... ¿No notas otro olor... tú que te alabas de tener un olfato de salvaje?

—¡Ah, sí!... Es un olor de sándalo.

—Pues bien; es algo para ti que está bajo el clavel, tómalo.

Con la punta de sus dedos amorosos, lord Annandale sacó una carta que abrió, mientras que la Faustin, que se había puesto seria, le decía:

—Es la copia de la carta que he enviado esta mañana al director de la Comedia Francesa..., y que ya deben haber publicado á esta hora los periódicos de la noche.

—¡Cómo! ¿Por mí has hecho... has hecho esto, Julieta mía!—exclamó lord An-

nandale después de haber recorrido la carta de una ojeada.

—¡Me parece!—contestó la Faustin con entonación picaresca.

—¡Has presentado tu dimisión... dejas el teatro... abandonas esta vida de éxitos!... Pero esto es absurdo... ¿Has reflexionado bien?

—No... la reflexión no es buena consejera para las cosas del corazón.

—Sí, sí... una calaverada que me hace amarte más todavía, pero...

—Tal vez, pero una calaverada de que no me arrepentiré.

—¡Ah! Es que tengo miedo, óyeme bien, Julieta, tengo miedo de que no tengas hasta el fin el valor del sacrificio... de que te arrepientas algún día.

—Nunca se sabe... Pero, sin embargo, si hasta ese día, que no será mañana... te veo dichoso, completamente dichoso... egoístamente dichoso, como quieren serlo... los hombres—y suspiró esta frase con sonrisa en los ojos y melancolía en la voz—pues bien, ese tiempo de tu dicha me recompensaría de muchos arrepentimientos de más tarde.

Aquí hubo una pausa, al cabo de la cual el hombre se levantó grave, y dijo con voz profunda:

—Julieta, entonces... es que consientes en ser mi mujer.

—¡Tu mujer, William!—baluceó la Faustin, alzándose un momento de la silla, y volviendo á caer en ella, entornados los ojos, los labios entreabiertos como por el dibujo de un beso, y en los rasgos la vaga felicidad que pone la suave dicha de un sueño en el rostro de una mujer dormida.

—¿Consientes, verdad?—repitió lord Annandale.

—No, amigo mío—dijo la Faustin al cabo de un instante.

—¿Por qué?

—Porque .. porque eso no es posible.

—¡Pero si yo lo quiero, señora!

La Faustin, agobiada por la emoción, no contestó; pero sus manos tuvieron crispaciones ansiosas, semejantes á las que produce el dolor físico en un cuerpo que sufre.

—¡Te lo pido de rodillas!—dijo entonces su amante cubriéndole las manos de besos.

—¡Oh, déjame, te lo suplico!... ¡Por piedad, no me obligues á hablar!... ¡Hay cosas que no quiero, que no puedo decir!... ¡Si no hubiera sido más que la querida de Blancheron!

—¡Todo me es igual, todo!—dijo en un grito apasionado su amante.

—¡A mí no!... Tú no sabes lo que es nuestra existencia, pobres hijas del pueblo, al entrar en el teatro... ¡y obligadas algunas veces á pintarnos de rojo con ladrillo molido!... ¡No, tú no puedes tener una idea

en esos tiempos de nuestras necesidades, de nuestras miserias, de nuestra dependencia respecto de los directores de los teatros y de los demás!... ¡Y sin que haya nadie que nos proteja, que nos defienda, que nos preserve... y nada alrededor nuestro más que la vida de perro!... ¡Oh, por favor, no me hagas recordar!... Además, hay que ser franca en este oficio en que siempre se tiene fiebre... el diablo del cuerpo os coge algunas veces, y entonces... Mira ese retrato que hay allí—y le señalaba un duro y altanero retrato de su padre colgado en la pared—pregúntale lo que piensa de la proposición de su hijo... ¡Has dicho tu mujer!... No, no quiero... si tuvieras hijos de mí... ¡Oh, hijos!—y lanzó una carcajada que hacía daño.—¡Hijos!... ¡Pero no estoy herida con la esterilidad de las cortesanas!... Mira, amigo mío—continuó en un tono de dulce aficción—nosotras no hemos nacido para ser mujeres legítimas, nosotras no podemos ser más que queridas, y yo seré la tuya siempre... al menos mientras tú quieras.

Y arrojándose sobre su amante y apretándolo contra su pecho, con una especie de violencia hecha á sus lágrimas prontas á brotar, la Faustin continuó con una voz que trataba de hacer natural:

—Sé amable... no hablemos más de esto y hablemos un poco de nuestros asuntos

Henos aquí con un proceso encima y papel sellado que me da escalofrío en la espalda sólo con verlo... pero hay más que esto, voy á ser asaltada por intermediarios oficiosos que van á tratar, día y noche, de hacerme volver sobre mi determinación... Hay que escapar de París... irnos á pasar algunos meses en el extranjero... Ahora, puesto que tú vas esta noche á la embajada inglesa... yo voy á hacer una visita á mi hermana á quien me has hecho olvidar estos tiempos... Ya sabes que cuento con que sea mañana.

Y se dispuso á salir, dejando hundido en una butaca á lord Annandale, tan triste, tan triste, que en el momento de trasponer la puerta, volvió á abrazarlo.

—¿A qué punto del extranjero quieres ir?

—Adonde tú quieras.

XL

La hermana de la Faustin, en bata de cachemir azul, con amplios adornos, con bolsillitos de cachemir blanco, y en medio de olas de una muselina de la India que se esparcía alrededor de sus muñecas en bullones argentados, estaba ocupada, la cara en sombra, en dar de comer á su pez rojo.

A la entrada de la trágica en su alcoba, Buena-Alma alzó su rostro irónico del frasco luminoso, donde á los coletazos del pez

giraba el desgraciado Deburau de cristal hilado, y apostrofó así á su hermana:

—¡Calle, eres tú! Buenas cosas se dicen á costa tuya... Te andas todavía en amorcillos... á tu edad... y dejas el teatro por ese *englishman*... ¡Oh! No dudo que sea muy gentil bajo las sábanas tu señor... y ¡caramba! tiene la cabeza de uno de esos lindos profesores de idiomas extranjeros que turban el sueño de los colegios de señoritas. Pero...

—Mira, querida María, cada cual hace de su vida lo que le place—dijo secamente la Faustin, cortando la tirada de su hermana.

—¿Y Carsonac?

—Ha salido... está en Bruselas... preparando para los belgas una de sus antiguas obras.

—Pero estás sin vestir... ¿Acaso ibas á acostarte?

—No; espero al que amo.

—¿Sigue siendo ese infortunado de Gargouillard?

—¡Gargouillard!... Hace una eternidad que eso acabó... Lo enviaron á los países cálidos... Sí, está en Italia... el clima de París es demasiado húmedo... ¡No podía absorber bastante mercurio! ¡Ah! Mira, ha sido abofeteado en pleno teatro... Este año están flojos los hombres... Acaso es que hace frío.

—¿Qué es lo que tienes esta noche?

—Nada... estoy en mi cuarto de hora.

Y Buena-Alma, acercándose á la chimenea, en la que ardía un vivo fuego de carbón de piedra, se sentó á *lo oficial* en una silla, descubriendo hasta más arriba de la rodilla una pierna ceñida en media de seda negra, y donde brillaba, entre el *peluche* cereza de la liga, una hebilla de marcasita. Tomando desde su silla de la mesilla de mármol un frasco de tocador, vertió la esencia á chorro sobre los carbones inflamados, de donde se esparció enseguida por la habitación una nube de humo de benjuí, capaz de trastornar á un regimiento. Y mientras removía con una especie de fría rabia el oloroso incendio, dijo:

—Me gustan los perfumes canallescos— y añadió con voz áspera:—No; se acabó Gargouillard... he pasado á otros amores... me he puesto á amar á los *nada absolutamente*... á los inferiores... Con un hombre decente—continuó tendiendo el rostro á la acre humareda—hay siempre un resto de pudor, una preocupación de actitud de mujer decente... y un cuidado de su placer... mientras que con los que yo amo ahora, se les encarga la amabilidad como se les haría partir leña... Mira, para las grandes obras del amor, no hay como los inferiores.

Y levantándose de la silla y desgredñando con manos coléricas sus cabellos, co-

menzó á dar vueltas por la alcoba como una fiera en la jaula: el negro que tomaba el azul de sus ojos en sus malos pensamientos, el rutilar de su pelo recién teñido bajo el resplandor de la lámpara, le ponían en la frente algo del carácter, de la feroz grandeza de la prostituta del Apocalipsis.

De pronto se detuvo bruscamente, y de todo lo que hervía en su cabeza salió,

—Si yo estuviera en tu piel... ¡Oh, los hombres, los hombres!

No dijo más; pero asomó á su rostro la expresión de un odio implacable, un momento, regocijada por la perspectiva de feroces venganzas de hembra contra los machos de la sociedad.

Luego, volviendo á la chimenea, donde las tenazas que había dejado metidas estaban completamente rojas, se puso á verter más del frasco del tocador, paseando frenéticamente por toda la habitación la llamarada, y esparciéndola por los tapices y los muebles, mientras que decía á su hermana:

—Decididamente, vete... me estorbas... no quiero que te encuentres con mi perdido.

Y en medio de los besos de despedida, soltando de pronto una maligna carcajada loca, Buena-Alma dijo á su hermana:

—En el fondo, ya sabes... tú eres la perdida estúpida... y yo la mujer... ¡que verás casada!

XLI

— ¿Me acompañas, verdad, amigo mío?
— decía la Faustin dirigiéndose á lord Annandale el día siguiente de la visita á su hermana, en el momento en que la doncella le traía el sombrero y los guantes.

— Estoy completamente á tus órdenes.

La Faustin tomó de una mesa un delgado cuaderno verde, y subieron al carruaje, y el landó llegó á un barrio retirado de París y se detuvo delante de una casa antigua, que tenía carteles en las paredes, dos municipales á la puerta, y á los dos lados de la acera un tropel de viejos matrimonios y de obreras sin nada á la cabeza, que miraban entrar á las gentes con distraída curiosidad.

Aquella era la exposición del mobiliario por fallecimiento de una trágica como la Faustin, y que había sido en su tiempo todavía más conocida, más célebre, más ilustre que la mujer que venía á ver su almoneda.

Lord Annandale y la Faustin subieron la escalera despacio, y se encontraron en una gran sala iluminada por la fría luz de un patio, que pasaba á través de cristales sucios, y que daba á los objetos un color de vieja tela de araña. Allí, en una percha recién clavada y que daba toda la vuelta,

en posturas caídas y con pliegues muertos, estaban colgados todos los vestidos de la difunta. Vestidos de mujer, vestidos de reina de teatro: las salidas de baile de raso blanco picado y los trajes de Fedra, los trajes de Hermiona, los trajes de Rojana y todas las reliquias dramáticas de aquel cuerpo, y todas las vestiduras de aquella gloria que se veían colgadas en la pared, en racimos sórdidos, así como en los muros de una Morgue y con algo del aspecto de envolturas de fantasmas y de vestiduras de media noche, inmovilizadas en su flotamiento en un primer rayo del día.

De aquellos atavíos orgullosos y ajados, salían cabezas de prenderas, cabezas de revendedoras que revolvían todos aquellos trapos en todos sentidos, y que parecían querer asegurarse de si la cuchillada de Camilo no había dejado algún desgarrón en la túnica de su hermana.

Y allá adentro se oía á cada momento un « ¡ Pasad, señores y señoras! » lanzado por la voz chillona de un pregonero excitando la tontería de una multitud indiferente, pasmada, irrespetuosa.

En otra pieza estaban reunidos, aglomerados los diamantes, un relicario de alhajas dibujadas sobre las alhajas etruscas del Vaticano y del museo borbónico, un aderezo de *zingara* del tiempo viejo, hecho de piedras desconocidas montadas por al-

gún Gilles el Perdido, del reino de Thun. Y en el amontonamiento de los objetos, *necessaires* de viaje con guarnición de oro estaban tirados entre pilas de volúmenes de medias encuadernaciones económicas, y entre las piezas de un servicio de mesa de Sevres moderno. También se encontraba la vajilla de plata, los cubos de champagne, esos testigos de cenas inolvidables é inolvidadas, que dos plateros sopesaban con la mano, apreciando su ley aproximadamente.

Y sin cesar se oía entre el rumor de los curiosos el « ¡Pasad, señores y señoras! »

Veíase, en fin, la alcoba y su camita de madera negra, y sus cortinas azules, y el desparramamiento sobre todos los muebles de trozos de encaje, de puños de Malinas, de pañuelos de Valenciennes, en medio de los que se encontraba embutida una vieja amarillenta, que acariciaba con sus miradas encendidas, codiciosas, de judía, aquella preciosa tela de araña. Y en la alcoba, enfrente de la cama, un zumbido de palabras que recordaban los nombres de todos los amantes de la mujer y no recordaban ninguno de los papeles de la actriz.

« ¡Pasad, señores y señoras! » — seguía chillando la voz del pregonero.

— *E tutto* — dijo al volver á sentarse en el carruaje la Faustin tristemente pensativa.

— ¡Por qué has venido á ver esto?...

¿Tenías deseos de encargar alguna cosa?

— ¡Para qué!

— Entonces... en el fondo era bastante lúgubre este espectáculo... y parece que estás muy conmovida.

La Faustin sonrió, cogió la mano de lord Annandale entre las suyas, y dijo:

— Verdaderamente, los hombres no comprenden nada... ¿Por qué he venido?... Pues para ayudar á la muerte de la trágica... en mí... Sí, he querido que la vista de esto... fuera el último recuerdo que me llevase de París al extranjero.

XLII

Quince días después, los dos amantes estaban instalados en Lindau, en la villa Iseburg, á orillas del lago de Constanza. Su amor habitaba en medio de montañas azules, al borde del pequeño mar que tiene la brisa de la tarde de un océano, de un océano en miniatura, que los alemanes llaman el mar de Suabia, y bajo la verdura de los árboles inclinados y de las plantas trepadoras de las orillas, y en un paisaje iluminado por los reflejos de la extensión de agua soleada así como por los reflejos de un espejo incendiado.

XLIII

La villa donde se establecieron el joven lord inglés y la Faustin había sido, años antes, el nido de los amores de un conde de Isemburg y de una princesa, Federica Guillermina de Hohenlohe, hija del elector de Hesse, una encantadora mujer, á quien hizo muy desgraciada, y, finalmente, abandonó su marido.

Era un vasto edificio con parterre que moría en el agua del lago, y ornamentado, á la manera alemana, de estrellas formadas por plantas de diversos colores y de astragalos de flores, y donde un jardinero octogenario seguía entrelazando las iniciales del conde y de la condesa. En aquel parterre anticuado se alzaban en la orilla, en un extremo de la propiedad, una capilla gótica; en el otro extremo, un embarcadero para una góndola veneciana, adornada con dos pajes de zinc, esmaltados en color, que sostenían dos linternas.

Detrás del edificio extendíase un bosquecillo de calles tortuosas, como un parque inglés, de árboles espesos, y que hundían sus raíces en el agua, á la manera de grandes haces de cañas, de follaje suave, ligero, siempre tembloroso. Acá y allá, en sitios á cielo abierto, veíanse lo que se llama en Alemania «establecimientos», sitios para

tomar el café ó el té, pequeños recintos con una mesa y sillas, bajo un paraguas de techo de cabaña, y uno de los cuales, sobre una eminencia, en pleno mediodía, llevaba el nombre de *Sorrento*.

En la parte del bosque, una calle de hayas púrpura, que costeaba un arroyo completamente verde del barrizal que arrastraba, llevaba á una pajarera, antiguamente poblada de aves raras, y hoy convertida en gallinero.

Aquella calle de hayas púrpuras era muy agradable por su decoración original. En aquel país donde no se comía en otro tiempo más que en vajilla de estaño ó en porcelana del Japón, un Isemburg había pavimentado con pedazos de platos rotos la calle que estaba toda de oro, de vermellón, de azul; y la Faustin andaba, á lo largo del arroyuelo, sobre el suelo barroso, con la sombra extraña de un follaje de carmín por encima de la cabeza.

XLIV

Para las gentes de teatro, la vida al aire libre es una gran felicidad, una especie de goce picante.

A esos hombres y á esas mujeres que viven de día en las tinieblas de los ensayos, y que no tienen otro sol que el gas de las noches, y por hierba bajo los pies más que

el verde de una alfombra, y por sombra de bosque sobre sus cabezas más que las bambalinas, y que no respiran más que olores de cola, de aceite de quinqué, de orines de gato, y cuya existencia, en fin, se pasa toda en una creación de tela pintada, con truenos hechos removiendo cacerolas, y nieve fabricada con pedacitos de papel; á esos hombres y á esas mujeres la Naturaleza, la vivaz Naturaleza, los embriaga, por decirlo así, los llena de una embriaguez interior, la embriaguez viviente de los niños que han bebido un dedo de vino de más.

¡Ah, que bueno les parece el aire de Dios, el sol que curte la piel! Y ved á las gentes de teatro, cuando están bajo el firmamento de los campos, sorbiendo el viento de las mañanas azules, aspirando ese aire frígido, que es como el aliento de labios amigos en sienes humedecidas de agua de Colonia. Vedlos, andando despacio por los estrechos senderos, con toda clase de cosas vagas, dulces y flotantes en el cerebro, y parándose de cuando en cuando para molestar con la punta de un bastón ó de una sombrilla, en su paseo, á un insecto. Vedlos á mediodía, tendidos sobre el musgo, en un reposo dulce y soñoliento, escuchando el silencio rumoroso de los bosques, ó mirando por una clara los grandes horizontes polvorientos, el infinito lejano de los bosques, de los prados, de los campos, donde

se alza allá abajo un pobre campanario. Vedlos también fuera, á la hora en que crecen las sombras y en que se duerme el día en el crepúsculo. Y del sol de esos días, de los aromas de los árboles, de las fragancias de las hierbas, de la tonicidad del aire, de todos esos efluvios generosos, de todos esos cordiales derramados por el cielo y la tierra sobre esas criaturas de la vida artificial, nace en ellos, con una elevación del pulso, una alegría algo febril, en un feliz y tranquilo recogimiento.

El día siguiente á la llegada de la Faustina á Isemburg, llovía. La trágica comenzó, desde su ventana, á hacer gestos al mal tiempo. Esto duró una media hora. Al fin no pudo contenerse. Tomó su sombrilla y bajó. Era una de esas lluvias tempestuosas de verano, de gruesas gotas, que mojan tan bien. En el vestibulo vaciló un momento en salir; luego, de repente, se aventuró á hacerlo tapándose lo mejor que pudo con la sombrilla, y refugiándose bajo un árbol cuando el chaparrón aumentaba. Pero bien pronto, aquella tibia y alegre lluvia que rayaba el aire luminoso, la llamó, la atrajo, y dejando el refugio de los árboles, y echándose al hombro la sombrilla, comenzó á andar bravamente bajo el agua que caía.

Y calada hasta los huesos, iba entre el aguacero que redoblaba, riendo y tiritando,

y de cuando en cuando, con sus dos omoplatos contraídos, se divertía en retener un momento la gota de agua que corría por su espalda.

XLV

Lindau, villa Iseburg, un día de Julio.

« Querida María :

» ¡Se hundió la tragedia! ¡Se hundió bajo siete estados! Y tu hermana se burla hoy de todos esos viejos chinos de cartón de la historia antigua. No se dirá de mí después que, llegada mi última hora, he tomado un coche para ir, con un tiempo perro, á contemplar devotamente la fachada del Teatro Francés. Te lo digo: la actriz está bien muerta y enterrada en mí. Esto no ha sido sin haber tenido miedo al principio. Al llegar aquí, los primeros días, me palpaba diciéndome: «¿Va á renacer mi enfermedad del teatro?» Pero nada ¡nada!, no asoma, no me pica por ninguna parte. Sí, ciertamente, buena hermana, es muy agradable ser aplaudida, pero tú sabes lo que esto cuesta, y verdaderamente se paga muy caro. En el fondo, la gloria podría ser sencillamente una tontería, una explotación de nuestra felicidad por una vanidad imbécil. Mira, para nosotras las mujeres, amar es mejor que todo. Tú no conoces esto, tú

jamás has tenido más que caprichos, manías, fantasías. Pero para mí, amar, verdaderamente amar, amar á fondo, es todavía más dulcemente divertido que *producir efectos*. Pero si yo he tomado alegremente mi retirada del teatro, hay aquí una persona que no ha hecho como yo. Es mi vieja Guenegaud. No puedes tener idea de la tristeza de su cara y de la desolación de sus vestidos, sobre el aburrimiento de su persona. ¡Ah! La desdichada parece en este país completamente disfrazada de «una que se aburre». Querría que la vieras, enseñando las uñas á los demás criados, poniendo mala cara á lord Annandale, á quien detesta como al enemigo de mi talento dramático, y siempre sola en un rincón, delectando y volviendo á delectar antiguos artículos sobre mí, rebuscados entre los periódicos que han servido para envolver mis efectos. Pero todo este silencio gruñón del día, todas las palabras cogidas por ella en la sociedad de ingleses y de alemanes... vamos, hay que ver cómo escapa todo esto, cuando me acuesta por la noche. Entonces aquello es una serie de recuerdos de la vida de otro tiempo, de nuestra vida vagabunda, una ristra de interminables: «Recuerda la señora cómo... (pon aquí una admiración amorosa de bombero, de colegial, de un cualquiera).» «¿Se acuerda la señora de... (pon la presentación

de una corona de laureles bronceados, por una comisión de provincianos llenos de barro, ó lo que tu quieras del mismo género). » ¡Pobre mujer! Ya comprenderás que no tengo valor para hacerle callar, para aguarla la única buena media hora que tiene en el día, para recibir mal esos «¿Recuerda la señora?» esos «¿Se acuerda la señora?» que le producen tanto placer y que á mí no producen la más pequeña pena por la determinación que he tomado.

»Todo es precioso aquí. Hay por todas partes, alrededor de la casa un agua, un agua particular, ¿cómo expresar esto? Mira, un agua como el agua de una cubeta donde da vueltas un pedazo de jabón, y los edificios están casi enteramente envueltos en grandes, en inmensas plantas que trepan hasta los tejados, y de las cuales no te diré, por supuesto, los nombres. ¡Dios mío, qué legumbres! Los guisantes tienen sobre sus vainas grandes pelos como los de las orejas de Carsonac. ¡Y qué frutas! Figúrate, peras que son del verde de nuestros puerros. En cuanto á las gentes, todos son ladrones, tan ladrones que todo está encerrado, bajo llave, sellado, y que se dice que aquí el ama de casa da ella misma á la cocinera el polvo de sal. Y creo que te bastarán estos datos topográficos y otros que acaban igualmente en *icos*.

»En cuanto al señor y dueño, ¿qué te diré

de él, sino que lo amo aún más locamente que antes? No, milord no tiene el amor hablador, demostrativo á la francesa, pero es un hombre que está siempre acechando lo que puede proporcionarnos grande ó pequeña dicha, y su pensamiento está constantemente ocupado en agradar al ser que ama. Y trabaja sin hacer ruido, y como un verdadero ratero, no sólo en hacernos agradable la existencia, sino en hacérsela serena, y en prevenir todo disgusto, en hacer desaparecer la más pequeña, la más mínima contrariedad, y esto cueste lo que cueste. Algunas veces la digo bromeando, que en la vida de una mujer, él es el constructor de un camino de arena, donde sus zapatos de cabritilla no encuentran nunca una china. Ya conoces mi proceso con el Teatro Francés y la ridícula indemnización que se me ha pedido. Yo había convenido con mi abogado que se me dejaría tranquila aquí, y que el proceso seguiría su curso sin que se me molestara con incidentes. Pero ha habido que echar una firma, y la vista de un papel sellado, debo confesarlo, me trastornó los nervios un día entero. Después ya no pensé en ello, y el papel quedó olvidado muchos días. Cuando lo envié, recibí una carta de París que me anunciaba que ya no era necesario, que lord Annandale había dado órdenes para que fuese pagada íntegramente la indem-

nización. Y no me había dicho ni una palabra. Bien sé que este pleito me había venido por su causa, pero encuentro que pagar cien mil francos, en vez de cuarenta, de treinta mil acaso, y esto para evitarme en el porvenir la pequeña molestia de la vista de un papel sellado, encuentro esto no mal *gentleman* y merecedor de amor.

»En fin, soy completamente dichosa y cómo como un lobo y duermo como un lirón. Mira, á propósito, es preciso que te cuente un sueño que he tenido esta noche, después de una carrera de todos los diablos á caballo y dos copas de vino de Porto en la comida. Me sentía, me veía mi cerebro, no sé cómo, en un cesto de ensalada, que el hermoso brazo, la hermosa mano de la asesina que se ve en moldes en casa de los marchantes de yeso, sacudía con brío. Y aquel brío y aquella mano no pertenecían á nadie. ¡Qué insensato es lo que se sueña cuando se ha bebido un poco Porto de más.

»Envíame noticias de París y no temas enviarme noticias de teatro. Luz y se casa, ¿verdad? Apuesto á que es con la bailarina de la Opera de tan hermosos ojos, de tan gran nariz, que has bautizado: «¡la hija del Amor y de Polichinela!» ¿Has estado en el cementerio? ¿Has visto si el jardinero había arreglado las flores alrededor del monumento de Blancheron, como había convenido conmigo? No adoré al pobreci-

llo, hasta fuí bien dura con él; pero quiero que su tumba tenga al menos el aspecto de la tumba de un hombre que hubiera sido algo adorado en la tierra.

»Tu afectísima hermana,

»JULIETA.

»¿*Te desenasas*, según tu expresión? ¿Sales este verano? ¿Vas á Homburgo? En este caso, deberías venir á pasar aquí algunos días con tu pequeña.»

XLVI

Una vida activa, moviéndose, corriendo, de la mañana á la noche, arrebatada en el exterior por ligeros trenes, rápidos caballos de silla; una vida azotada por el aire y el viento, recorriendo al galope de una carrera los alrededores en siete ú ocho leguas; una vida de ejercicio violento, alimentada con carnes sangrando y los vinos alcoholizados que ama la vieja Inglaterra, y que ponen como una alegría en las funciones del organismo: tal era la existencia de los dos amantes en Lindau.

En aquella existencia material, la circulación precipitada de la sangre, la dicha íntima del cuerpo, la plenitud de la salud, ponían, de día en día, singularmente hermosa á la mujer. Ya no era la Faustin de la Comedia Francesa, la actriz parisién,

que dejaba ver en su picante carita, en su inteligente fisonomía, el pliegue de la vida inquieta y nerviosa de las capitales, la sombra de la preocupación que pone en la frente de sus obreras el trabajo del teatro, la máscara envejecida que se coloca ciertos días sobre la cara de los artistas. Era otra mujer. Ya no se veía en ella nada de la gris fatiga de los rasgos, nada de la palidez exangüe del cuello; la sombra de debajo de sus ojos había desaparecido, y todo lo que comienza á acusar la edad en el ser femenino se había ampliado, aclarado, fundido por milagro. Hasta algo de la ironía habitual en aquel rostro se iba poco á poco en una linda beatitud de dicha física. Y la sequedad del elegante cuerpo de la trágica se envolvía ahora por todas partes de una suave redondez firme, estirando el hilo de las costuras de sus ropas y poniendo encanto juvenil en sus actitudes, en sus movimientos, en sus gestos. Frescuras y rigideces habían acudido á su carne, que exhalaba ese olor natural de frambuesa que tienen las carnes de las adolescentes de los campos llenas de salud.

En aquella villa Isemburg, acudía al rostro de treinta años de la Faustin la juventud de una niña, y el fresco encarnado de sus mejillas, y la blancura láctea de su encarnación, y el brillo húmedo de sus ojos y el rosa ruboroso de sus orejas.

XLVII

Las orillas de los lagos de Alemania y de Suiza ofrecen á los excursionistas recodos encantadores; son esos desembarcaderos de barcos de vapor, que muestran en pequeñas caletas rientes, estacadas, balcones, balaustradas que pueblan; en medio de plantas trepadoras, viajeras acodadas con movimientos graciosos; son ligeras arquitecturas de maderas, de pies mojados que sostienen mujeres y flores, y que se parecen á las estampas de un álbum japonés, donde se ve desarrollarse la vida á orillas del agua del Extremo-Oriente.

Un día que Julieta se había dejado arrastrar por lord Annandale á una lejana excursión á caballo, detuviéronse un momento los dos amantes ante uno de esos desembarcaderos.

Un delicioso cuadro de género, un cuadro digno del espiritual pincel de un Knaus. En un ángulo, amontonándose contra una vieja carretela, de terciopelo rojo pasado, una montaña de maletas, de sacos de viaje, de paquetes de toda especie, de objetos pintorescos, de tonillos chispeantes, y debajo una línea de sillas de manos, en las cuales estaban tendidas en actitudes graciosas, niñas vestidas de blan-

co con las pantorrillas al aire. Acá y allá, en pie y en la mano el bastón de cuerno de gamuza, jóvenes viajeras con la correa de cuero á la cintura, los gemelos, el álbum, el abanico, la sombrilla, y que se destacaban airosas y esbeltas, y completamente aéreas, por decirlo así, en el voltigeo de su velo de gasa alrededor de la cara. Y entre el barullo y el desorden de las cosas de la partida, un grupo de suizas con corpiño de lienzo blanco, silenciosas, cruzados los brazos sobre el pecho, reunidas en círculo, y mirándose con miradas vagas y exaltadas, las miradas que las mujeres tienen en la iglesia.

De pronto, de en medio de aquellas mujeres mudas se elevó un canto, un canto triste como una melancolía de montaña. Y sin ocuparse de los que allí estaban, y como para darse placer á sí mismas, por espacio de mucho tiempo aquellas mujeres emocionaron el alma de los asistentes con la lamentación musical de sus dulces y severas voces.

Aquellos cantos produjeron una gran impresión en Julieta, que no contenta con vaciar su bolsillo y el de su compañero de viaje, regaló á las más jóvenes dos ó tres alhajas sin valor que llevaba encima.

Como lord Annandale le mostrase algún asombro, no por la generosidad, sino por la manera febril como había sido hecha

aquella generosidad, la Faustin le dijo con una grave sonrisa:

— ¡Es que yo he cantado como estas mujeres!

La emoción del encuentro persistía y parecía haber despertado en la mujer un mundo de recuerdos y hecho resurgir en ella todo su pasado.

Ya no hablaba, y espoleando locamente su montura, se embriagaba de velocidad.

A su regreso á la villa, muy fatigada para cenar, tomó una taza de caldo y se acostó.

Por la noche, William fué despertado de repente por el ruido de palabras pronunciadas en voz muy alta. Y vió á la Faustin, que había dejado la cama, y que, en camisa, en medio de la alcoba, en un rayo de luna, declamaba la tirada de Hermiona:

¿Dónde estoy? ¿Qué he hecho? ¿Qué debo hacer
[todavía?
¿Qué transporte se apodera de mí? ¿Qué pena me de-
[vora?
Errante y sin objeto, corro por este palacio.

La Faustin, cuando estudiaba un papel, estaba sujeta á accesos de somnambulismo que la levantaban bruscamente de la almohada, y le hacían repetir, en pleno sueño, algunos versos; pero nunca la había visto lord Annandale así, saltando de la cama y representando como en las tablas de un teatro.

Estaba soberbia en aquella luz espectral, diciendo los hermosos versos con voz una octava más baja del tono, una voz en menor con la que tenía la costumbre de ensayar sus entonaciones, una voz que daba á la tirada una concentración trágica, envolvía al personaje en una especie de terror sagrado, hacía el efecto de un trozo de tragedia declamado por una sombra.

La Faustin representó así toda la escena primera, esperando en la segunda, un largo espacio, la réplica de Cleona que, en su sueño, se impacientaba de no ver llegar, se despertó, tardó algún tiempo en reconocerse... y se precipitó en los brazos de William, diciendo:

— «No es mía la culpa... no es mía la culpa... he hecho todo lo posible para no ser más... trágica... »

XLVIII

A partir de aquella excursión, el pensamiento de la Faustin no se mantuvo por completo encerrado en la villa, y la mujer enamorada no vivió ya por completo de su presente. En su memoria entró algo del pasado. Se sorprendió diciendo en voz baja un verso en otro tiempo aplaudido por el público, sonriendo, en un desvarío orgulloso, al recuerdo de una gloriosa crítica. Todos aquellos recuerdos

involuntarios de su carrera, todas aquellas vueltas de su pensamiento al teatro, trataba de arrojarlos, pero aunque los hundía en el fondo de sí misma, volvían en las horas del aflojamiento de la voluntad, en las horas turbadas de la dichosa inconsciencia de la vida, en las horas en que la mujer se duerme, en que la mujer se despierta.

Por la noche, en la cama, aquellas imágenes temblorosas sucedíanse bajo los párpados cerrados, á la manera de dibujos de fuego sobre el sombrío metal de un espejo, le mostraban oscuros rincones de entre bastidores, por donde pasaban trozos de clámides, pliegues de *peplum* luminosos.

Despertábase por la mañana con la cabeza completamente invadida, completamente trabajada de intenciones para un papel, un papel que le había prometido un sueño de media noche, y en cuya existencia creía, aun medio dormida, hasta que abría los ojos á la luz del sol, á la realidad.

Aun de día, en lo que oía, en lo que veía, buscaba la Faustin, á pesar suyo, el efecto teatral, y sus pasos ligeros en las calles del parque se parecían á veces al andar dramático de cierta entrada de quinto acto que se había hecho popular en el Odeon, y entre el zumbido de oídos de un instante, le parecían sonar los grandes nombres de la familia de los Atridas.

Todo esto no tocaba al amor de la mujer